

SARMIENTO EN CUYO Y EN CHILE 1854 y 1884

I. — En la madrugada del martes 10 de setiembre de 1854 salió Domingo Faustino Sarmiento de su casa en Yungay rumbo a la Argentina, más precisamente, a Mendoza. Le acompañaban su esposa, doña Benita Martínez Pastoriza, su hijo Dominguito y dos franceses llamados Eugenio Leloutre y Carlos Polinó. Tres mozos de mano atendían a los patrones: Tomás Navarro a don Domingo, Pedro Bari —que no era “mozo” de oficio— a doña Benita y Daniel Suárez a Dominguito. De las mulas cargueras, en las que iban el almofrez y las petacas, se encargó Ramón Jara. Quedaron en la casa de Yungay don Eugenio Belin, doña Faustina, los niños y una criada, Juana Lencinas, la mujer de Daniel Suárez y mendocina como éste. Dominguito, que a la sazón tenía nueve años, era el más feliz de todos. Montado en algún *Cornetin* de seguras patas, iba y venía dando gritos de contento ante sus asombrosos descubrimientos. Un arroyo que cae de la montaña, una casilla que se divisa a lo lejos, un cóndor que revolotea sobre las cumbres o el guanaco *lorero* que advierte a la manada, eran portentos de cuyas maravillas hacía partícipe a su madre que marchaba a la retaguardia. Sarmiento también seguía a la caravana. Por esas mismas sendas escabrosas había marchado en horas muy tristes de exilio, aunque alguna vez las había recorrido, también, alentado por la alegría y el optimismo. Fue en 1827 y con Saturnino M. Laspiur. ¡Como se divirtieron entonces! Laspiur tenía una memoria prodigiosa y remedaba del modo más gracioso a los cómicos españoles. En esa ocasión recitó con salada picantería *El desdén con el desdén* de Moreto, y era tanta la risa de su oyente que estuvo a punto, por la distracción, de perder un ojo en las breñas de la ladera.

Al cerrar la tarde llegaron los viajeros a Santa Rosa de los Andes donde se alojaron en casa del mismo Pedro Bari, viejo vecino de aquel pueblo, cuya casa había frecuentado Sarmiento en su primer destierro. Después de un día de descanso continuaron viaje el jueves 12. En la cumbre se cruzaron con arrieros que iban desde Mendoza y en la casucha de las Cuevas hicieron alto para merendar y arreglar las cargas, pues uno de los tercios estaba más pesado que el otro y la mula carguera se resentía. Estando en aquel "real" llegó un joven argentino, natural de Santiago del Estero, don Juan Lavaisse, con cartas para Sarmiento fechadas en San Juan. Apenas las leyó el destinatario, escribió otras que entregó al "propio" o mensajero que de inmediato regresó por donde había ido. Al llegar a Uspallata los viajeros encontraron al famoso banquero Buschental y a un jovencito sanjuanino, Rafael Ruiz, que conducía dos caballos mansos para reemplazar las mulas cansinas y morosas del matrimonio Sarmiento. Ruiz, como Lavaisse, apenas cumplió su misión regresó con algún recado. El día 18 llegaron a Villavicencio en cuya casucha pasaron la noche. En aquellas termas nuestro viajero encontró a don Domingo Bombal, hombre principal de la política mendocina de entonces pero de escasas luces y muy porfiado. Se trabaron en acalorada discusión. Bombal admiraba a Urquiza y lo defendía de las críticas del sanjuanino que no cedían ante la apasionada defensa del mendocino.

En una mensajería continuaron los viajeros hasta la ciudad de Mendoza adonde llegaron el 19 de enero y se alojaron en casa de don Jesús María Mayorga. Por su parte, los franceses, que apenas chapurreaban algunas palabras en español, se dirigieron a una posada. Estaba almorzando la familia Sarmiento cuando llegó casi sin alientos doña Paula Rosas, esposa del oficial mayor de gobierno, y ahogada por el sofocón exclamó:

—¿Con esa calma se está usted señor Sarmiento, mientras ya vienen a prenderlo con orden de tomarlo vivo o muerto?

Don Domingo se rio de buena gana.

—¿Pero no estamos en un país libre que acaba de sancionar su constitución?

La buena señora insistió que cuanto decía era verdad, que lo sabía por doña Juana Porven que, a su vez, lo había oído de los mismos labios del edecán de gobierno encargado de la prisión. De pronto y señalando la ventana, dijo con la voz quebrada:

—¡Ahí los tiene usted, ríase ahora!

En efecto, a través de los visillos se veían algunos soldados con bayonetas caladas; su jefe, dirigiéndose a Sarmiento, le intimó con voz estentórea:

—¡Está usted preso!

—¿Tiene orden por escrito? —preguntó el aludido con severa calma.

—No necesito: soy el edecán de gobierno.

—Precisamente, para precaver contra esas órdenes se exige la decisión del juez.

—Yo sé, señor, mi deber.

—Muy bien, permita que me ponga mi levita.

Siguiólo el edecán al dormitorio espada en mano y tras él penetraron dos soldados con las bayonetas bajas, mientras otros dos se dirigieron hacia un piano sobre el cual había dos revólveres.

—¿Cree usted, señor, que he venido a Mendoza con mi familia a saltar paredes, a mi edad?

—Yo cumplo con mi deber y no tengo que responder a preguntas de nadie.

Lleváronle por esas calles de Dios, entraron en un cuartel, metieronle en un calabozo y pusieronle un centinela de vista. Antes que empezara la incomunicación pidió don Domingo que le trajeran del almofrez su catre de campaña y apenas se lo alcanzaron tumbóse en él y quedó profundamente dormido. A la oración lo despertaron dos soldados y mientras se desperezaba, medio aturdido por el sueño y el cansancio del viaje, oyó al general Juan Rosas que le notificó muy cortesmente la causa de su prisión. Se le acusaba de conspiración.

—¿No es más que eso? —preguntó el preso—. ¡No embromen con sonceras!

Y pidió permiso para “echar otro sueñito, como aquel coya que habiendo dormido hasta la tarde, se puso de pie, desperezose, tendió de nuevo el poncho y exclamando: *Auá lo verás cuerpo vil, echar el hiel durmiendo, se durmió a más y mejor*”.

¿Qué había sucedido? Pues nada, cosas de chusmas. El Tomás Navarro, el mozo de mano de don Domingo, lo había denunciado por intermedio del arriero José Antonio Romo ante el jefe de policía, don Estratón Maza. Era venganza de Navarro, simplemente porque su patrón le había amenazado con despedirlo por inútil, por descomedido y borracho. No le faltaron argumentos para urdir sospechas. Asoció la comitiva de Sarmiento integrada con hombres que hablaban un idioma para ellos incomprensible, los arrieros que encontraron en la cumbre de la cordillera, los mensajes llevados y traídos por

Lavaisse y Ruiz, las petacas “descontrapesadas”, una de las cuales estaría repleta de balas y plomo, la disputa de su patrón con Bombal. Estas y otras circunstancias, mezcladas en su imaginación maliciosa y prevenida con inocentes expresiones de Dominguito y palabras sueltas como “revolución”, “Urquiza”, “Benavídes”, “muerte”, hicieron creer al pobre hombre, de buena o mala fe, que Sarmiento conspiraba.

El proceso. — El 20 de enero don Juan Ignacio García, ministro general del gobernador Pedro Pascual Segura, se dirigió al juez del crimen, que era el doctor Juan Palma, y le reprodujo todos los infundidos urdidos por el desleal sirviente que debían ser considerados como “cabeza de proceso”. Ese mismo día el juez asistido por el secretario don Gregorio Galigniana, empezó a tomar declaraciones a los testigos y acusados. El primero en declarar fue Ramón Jara y de inmediato el juzgado se trasladó a la casa del señor Mayorga y pidió a doña Benita que abriera todos los baúles y petacas traídos desde Chile, y como no se encontrara ningún pertrecho de guerra, salvo una espada y una carabina de cuatro tiros del uso personal de Sarmiento, “cuyas armas estaban en un sofá y a la vista de todos”, el juez entregó la llave del cuarto a doña Benita y mandó retirar un soldado que estaba de centinela. Vueltos al juzgado, prosiguió la audiencia con la declaración de José Antonio Romo y en seguida con la del autor de todo el enredo, Tomás Navarro. Su declaración es una edición corregida y aumentada de la nota ministerial con algunas novedades como ésta: “Que el mismo día domingo— o sea el 8 de setiembre, dos días antes de partir de Yungay— habló el declarante a un sacerdote que lo confesase porque venía en viaje con don Domingo Sarmiento; luego que lo nombró díjole el sacerdote que no hiciera tal, que mirase que Sarmiento había ido a Chile disparando de miedo a Urquiza y que no venía a otra cosa que a revolver los pueblos”.

Después de haber declarado todos los sirvientes y arrieros, se citó a los dos franceses y resultó que Leloutre era tipógrafo de Mr. Belin, el yerno de Sarmiento, y se dirigía a San Juan para revisar una imprenta que estaba en venta, y Polinó iba a Buenos Aires en busca de trabajo.

El día 23 comparece ante el tribunal “un hombre preso e incomunicado quien previa la promesa de decir verdad, dijo llamarse Domingo Faustino Sarmiento, estado casado, de San Juan, de cuarenta y tres años de edad y de ejercicio teniente coronel retirado y enseñanza primaria”. Preguntado cuál era

el objeto de venir a esta provincia, dijo que “cambiar de temperamento para curar una enfermedad crónica a la garganta; volver a su país; tratar de algunos asuntos administrativos con el señor Gil, para lo que le ha invitado con instancia; hallarse aquí para la proclamación de la presidencia del general Urquiza para terminar la oposición que ha hecho a su elección; y otros motivos más que expondrá si fuese necesario”. Menudean las preguntas al procesado y éste las contesta sin vacilar, con soltura, valentía y hasta con gracia intencionada y socarrona. Confiesa que lo contrarió a Bombal porque le divertía verlo enfurecido; tampoco niega que trae armas, pero ¡demonios! ¿qué viajero no las lleva consigo? Le pregunta el juez si Lavaisse trajo y llevó correspondencia y contesta que sí, que por él ha recibido cartas de sus amigos de San Juan y con él ha enviado otras tantas. No elude ninguna contestación, no tiene por qué ocultar la verdad, ni la ha ocultado nunca. ¿Quieren condenarlo? Pues antes le oirán y le oirán ciento y una... No ha venido a complotar, pero no tiene empacho en declarar que la situación de San Juan es deplorable. El sabe que este proceso lo ha promovido un mulato desleal pero no ignora que Benavídes se interesa en que le condenen a él, a Sarmiento. ¡Desgraciado Benavídes! Tiene amordazado al pueblo sanjuanino desde hace veinte años y es inútil tratar de hacerle ver la verdad. Una y diez veces le ha escrito desde Chile indicándole los medios de salvarse de la deshonra, quizás de la muerte vil, y para salvar a la provincia y al propio país. “Una noble y grande causa hay que sostener por todo hombre que aspira a colocarse alto en la estimación pública, y ésta es la de la nacionalidad argentina”. Hay que unirse para formar una sola nación, una sola patria; estamos dando un espectáculo bochornoso con el país dividido, Buenos Aires por un lado y la Confederación por otro. Días antes de salir de Yungay escribió a Benavídes la última carta en la que le hacía mil reflexiones. Esa carta la ha copiado Benavídes y la ha entregado al gobierno de Mendoza para que se agregue al proceso; también ha remitido un manifiesto suscrito por la gente principal de San Juan. En suma, ¿qué dice la carta, qué el manifiesto? Que es necesario salvar a la Patria, asegurar la libertad, vivir en paz; que San Juan está harto de sufrir vejaciones y exige una Constitución que le asegure algo característico de los pueblos civilizados. ¿Es ello un pecado, un crimen? ¿No acaba Alberdi de proyectar una Constitución para Mendoza? ¿Hay algún sanjuanino, excepto Benavídes, que no desee la Constitución? Que lo digan Antonino Aberastain, Miguel Echegaray, Indalecio Cortínez, Saturnino M. Laspiur, Eugenio Doncel, Santiago y An-

tonio Lloveras, Pedro Quiroga Carril; que contesten Guillermo Rawson, Saturnino de la Presilla, Zacarías Yanzi, Tadeo Rojo y los Cano, los Videla, los Sánchez, en fin, que hable todo San Juan.

La declaración de Sarmiento es un ejemplo de sinceridad, de valentía, de patriotismo. ¿Que piensan fusilarlo? ¡No importa! Son gajes de los que luchan por la libertad. “Yo se —le ha escrito a Benavídes desde Yungay— cual es mi posición en la opinión pública; se cuánta justicia me harán un día”.

Resolución final. — Continúa incomunicado pero se entretiene en leer y escribir en el calabozo. Un día ve que se pasea frente a sus rejas el centinela, “un chino vejancón, harapiento pero erguido y de marcial apostura”.

—¿En qué cuerpo ha servido, amigo?

El soldado, como movido por un resorte, gira sobre sus talones y da un grito estentóreo que retumba en el cuartel.

—¡Cabo e guardiaaaa! ¡El preso ha hablao!

Luego se oyó el tropel de cabo y soldados que corrían para constatar el delito cometido por el preso. Verificada la insignificancia de la infracción, el centinela se cuadró y sin darle frente a Sarmiento, dijo con voz firme:

—¡Número Once de los Andes! —Y golpeando la culata contra el suelo continuó a paso marcial.

“¡Oh! —escribió Sarmiento más tarde— nunca he visto bajo los andrajos de un pobre gañán, más legítimo orgullo, ni cabeza más erguida. Se sentía ser él, todo el Once de Línea...”

El 25 de enero se mandó poner en libertad a todos los presos, menos a Sarmiento y a Lavaisse. La situación se había complicado a causa de otra denuncia del ministro García y fue necesario recibir nuevos testimonios. Declararon Damian Hudson, padre e hijo; Leopoldo Zuloaga, Francisco Barraquero y diez más. Los enredos se extendieron hasta el absurdo. Se citó a mujeres del pueblo, a niños del colegio, a un chiquillo de diez años y a otro “de cinco para seis...” Terminadas las declaraciones se iniciaron reconvenciones y careos y don Domingo sufrió la humillación de ser confrontado con el propio Tomás Navarro. Finalmente, el 28 de enero, el juez hizo lugar a la excarcelación, previa fianza de don Guillermo Olivar, y el 9 de febrero el tribunal en pleno, integrado por Palma, Arroyo y Correas, dictó la sentencia definitiva: “Vistos: de este proceso resulta que los delatores Tomás Navarro y José Antonio Romo, naturales de la República de Chile, denuncian al gobierno por conducto del mayor Estratón Maza, que don Domingo Faustino Sarmiento en asocio de don Juan Lavaisse y dos fran-

ceses, el uno don Carlos Polinó y el otro don Eugenio Leloutre, tramaban una conspiración desde Santiago de Chile...” Que el panorama general de esta ruidosa causa “no es mas que la reunión y coincidencia de mil circunstancias aparentes y casuales que han contribuido a formar más bien una novela judicial que un proceso criminal, el que ha fallido en todas sus partes...” Por esos y otros fundamentos, el tribunal absolvió en definitiva a los acusados Sarmiento y Lavaisse.

Así terminó este proceso. Días después, Sarmiento, doña Benita y Dominguito regresaban a Chile donde les esperaba un hogar que todavía no podían disfrutar en su propia patria.¹

II. El presidente Roca deseaba complacer a Sarmiento al que admiraba y, en cierto modo, temía por sus impertinencias. Cuando el sanjuanino le envió un proyecto de convenio interamericano para traducir y publicar libros extranjeros, el Presidente lo convirtió rápidamente en decreto y el propio autor fue encargado de gestionar el acuerdo ante el gobierno de Chile. Quedaron satisfechos los dos: Roca porque complacía a su difícil amigo y Sarmiento porque volvería a recorrer y ver lugares y seres queridos a su corazón. Decidió viajar por mar, quizás por la esperanza de que el aire marino aliviara sus oídos sordos y su garganta siempre irritada, como la de su padre que murió afónico y canceroso. Por lo demás, su salud era recia, su apetito como de náufrago y su espíritu con desconcertantes alternativas de puericia y genialidad. Tenía 73 años y todavía soñaba con una segunda presidencia, ilusión consoladora que animó sus fuerzas hasta el último año de su vida.

En enero de 1884 Sarmiento se embarcó para Montevideo y de aquí a Valparaíso adonde llegó el 12 de febrero. La recepción fue triunfal: sirenas, cañonazos, discursos y mil pruebas de cariño. Llega a Santiago en medio de ovaciones, banderas, músicas y desfiles. Le recibe el ministro Vergara, le aplaude Jorge Huneeus, y los monttvaristas le agasajan y proclaman su viejo bienhechor. El gobierno manda colocar su busto en la Escuela Normal, en la misma que él dirigiera, recién fundada, en 1842. Los diarios compiten en elogios, recuerdos y anécdotas. Aparecen viejos amigos, pero el más íntimo, José Victorino Lastarria, el que le conoció en la bohardilla del Portal de Sierra Bella, se demuestra esquivo y resentido. Todo Santiago está agitado y contento de su huésped. Don Domingo se

¹ El expediente original relativo a este proceso se encuentra en el Archivo Histórico de Mendoza y se titula: “Criminal contra D. Domingo Faustino Sarmiento, D. Juan Lavaisse, D. Fidel Amparán, D. Carlos Polinó, D. Eugenio Leloutre, José María Cabot y el capitán D. José Gamiz; por conato de sedición. Año 1854 — Tribunal del Crimen”.

siente en la gloria y destila inmodestia. La gente quiere ver al viejo escritor que 40 años atrás sacudió a los intelectuales con sus polémicas y brulotes memorables, al maestro en cuya cartilla aprendieron a leer millares de chilenos, al autor del *Facundo*, al boletínero de Urquiza, al Presidente civilizador; en fin, la gente quiere ver al “loco” Sarmiento, a “Don Yo”, al “conflicterero”, al hombre más estruendoso, más discutido y más popular de la Argentina.

El 5 de abril el gobierno chileno aprobó el convenio sobre traducciones de libros, que también suscribieron los representantes de Uruguay y Colombia, y ese mismo día se ofreció a Sarmiento un banquete memorable. Hablaron ocho hombres ilustres. El primero fue don Luis Montt: “Como afortunadamente, en esta ocasión, no me oye el señor Sarmiento —empezó diciendo— voy a hablar de él”. Y evocó con gracia singular los años bizarros e indigentes que el huésped vivió en Chile, sus convicciones liberales, su fanatismo por la educación, su odio insobornable a tiranos y caudillos, su pasión civilizadora. Bien que le oía don Domingo desde su asiento principal entre el ministro Vergara y don Miguel Luis Amunátegui, y movía su cabezota glabra en prueba de comprensión y asentimiento. Cuando le tocó turno, levantose entre aplausos y expresiones cariñosas que él retribuyó con amplia y campechana sonrisa: “Un grupo de antiguos amigos —empezó— ha preparado este escenario para presentarme ante la escogida reunión de modernos simpatizadores, como una curiosidad arqueológica de los primitivos tiempos de Chile. . .” Luego refirió por qué siguió el camino de la emigración en los días de *Facundo* y luego de Rosas; evocó sus andanzas y vicisitudes; cómo conoció a don Manuel Montt y encontró en él su mecenas y amigo y cuánto debía a ese hombre liberal y superior, sin igual en toda la vastedad de América. El le hizo amar a Chile y disfrutar de la libertad que los bárbaros habían proscrito de su patria argentina. “Fui chileno, señores, os consta a todos y lo probáis ahora acogiéndome en vuestro seno como uno de los vuestros, pero me conservé argentino. . .” Luego habló de injusticias sociales, de ignorancias, de vicios de la raza, de España. Dijo que Rosas no fue exactamente derrotado por las armas sino por la prensa libre de Chile, por las ideas de los que aman la libertad, porque sin libertad no hay progreso, ni cultura ni felicidad.

La elocuencia exuberante y desaliñada de aquel anciano que con voz rugiente proclamaba su fanática devoción civilizadora al par que condenaba entre muecas y gesticulaciones a la

barbarie y al despotismo, conmovió y contagió a los oyentes. Miguel Luis Amunátegui, habitualmente sereno juez de la historia, habló en seguida y tras él, Vicente Reyes, Bruno Larrain, Gaspar Toro, Enrique Montt, Asta Bunuaga y Orrego Luco. Con la trompetilla acústica apretada sobre sus orejotas, Sarmiento atrapaba las palabras mientras por debajo de sus copiosas cejas brillaban húmedas las pupilas. ¡Qué jornada inolvidable! ¡Cuánto consuelo para la infinita inmodestia de don Domingo!

Aprestos en Mendoza. — ¿Vendrá Sarmiento? ¿No vendrá? Se preguntaban mendocinos y sanjuaninos. Los periódicos publicaban noticias contradictorias, y como suele ocurrir en las aldeas, corrían infundios asombrosos y hasta aseguraban que el ilustre viajero quedaba en Chile poco menos que moribundo. Por fin, el 4 de abril un telegrama del cónsul argentino en Santiago anunció al gobernador Ortega el regreso de Sarmiento a través de la cordillera. *El Constitucional* del día siguiente publicó la noticia y agregó con impaciencia cursi: “Que venga pronto y que la antorcha que ilumina su combatida pero triunfante inteligencia alumbre también en sus vívidos fulgores a la sociedad mendocina”. Esa misma noche se reunieron algunos caballeros principales para proyectar la recepción del viajero.

Sebastian Samper, que además de funcionario del gobierno mendocino, tenía fino tacto, alma de artista y simpatía social, dirigió la reunión y a indicación suya se resolvió realizar fiestas populares con desfile escolar, proyecto que aceptó con entusiasmo el Superintendente de Escuelas, don Daniel Videla Correas. Además, se incluyó en el programa un “concierto-conferencia”, baile en el club social y, si era posible, uno o mas banquetes. Pero lo esencial era exhibir pruebas de cultura, de arte, de civilización, para que el huésped viera qué distinta era esta Mendoza de la que él conoció en 1854, cuando le encalabozaron apenas llegado de Chile, o de la de 1829, cuando en la batalla del Pilar estuvo a punto de perder la vida, o de aquella aldea de 1826 que conoció de paso y a la que, sin embargo, consideró adelantada y bulliciosa con su tráfico intenso de carretas y carretillas y su “fábrica de pianos”. Para causar buena impresión era indispensable la ayuda de algunas señoras y señoritas que cantaban como ruiseñores. ¿No estaba doña Carmelita Ponce de Videla? ¿Y María Day, Sara Berutti, Aurelia Goldsack, María Luisa Molina, María García y Elina Zapata? Y entre los hombres, ¿no eran notables músicos Ignacio Alvarez, Pablo Berutti y Carlos Lagomaggiore? ¿Y Leopoldo?

do Díaz no era un poeta inspirado y exquisito? ¿Y Benigno Díaz, Juan E. Serú y Emilio Civit no eran intelectuales capaces de lucir en el mismo Buenos Aires? No faltaban, pues, espíritus ilustrados capaces de impresionar a Sarmiento. Además, había periodistas talentosos y temerarios como Adolfo Calle, director de *Los Andes* y José E. Moyano, de *El Constitucional*, veterano diario dirigido durante muchos años por el entusiasta José Rudecindo Ponce. Finalmente, tenía Mendoza algunos maestros de nota, como Carlos N. Vergara y Lisandro Salcedo, y como las maestras norteamericanas Miss Dark y Miss Cook que dirigían la Escuela Normal y habían venido al país por instancias de Mrs. Mary Mann, la viuda de Horace y angel tutelar de Sarmiento. Mendoza era, sin duda, un triunfo de la civilización sobre la barbarie que podía enorgullecer al autor del *Facundo*. De inmediato se designó una comisión de homenajes bajo la presidencia del doctor Juan E. Serú; vice, el dinámico don Pascual Suárez; secretario el poeta Leopoldo Díaz, y vocales el ministro general, doctor Manuel Bermejo, Carlos Lagomaggiore, Francisco y Emilio Civit, Elías y Joaquín Villanueva, Meliton y Carlos González, Daniel Videla Correas, Carlos N. Vergara, Lisandro Salcedo, José Néstor Lencinas y Germán Puebla. Como el presidente de la comisión, doctor Serú, estaba en los "Baños del Río", momentáneamente se hizo cargo de la presidencia don Pascual Suárez.

El 8 de abril llegó Sarmiento a Santa Rosa de los Andes, campo primero de sus infortunios, amores y esperanzas. Pedro Segundo Bari le esperaba como 30 años atrás, como 50 años atrás, cuando el pobrecito cuyano ofrecía su corazón a las hijas del chileno que le rechazaban por feo, por inurbano y raro. Ahora Sarmiento se alojó en la casa del doctor Meneses y no había alcanzado a sacudir el polvo del camino cuando se oyó el clamoreo de la población, y músicas y cantos entonados por los chiquillos de las escuelas que en procesión venían a saludar al Maestro. En un instante la casa fue invadida por viejos conocidos, vecinos y preceptores. Los pedagogos del pueblo se consideraban, y con razón, colegas y un poco discípulos de aquel anciano cuyo "Método gradual de lectura" había sido su libro de cabecera durante años. Así lo manifestaron los señores Berendique y Manuel Díaz en discursos encendidos por la admiración, y con graciosa timidez lo confirmó la preceptora de la escuela de mujeres, señorita Leonor Aranda, en una cartita que prendió entre las flores dedicadas al hombre famoso que conmovido por las sencillas pruebas de cariño de aquella buena gente, agitó sus manos y cuando hubo silencio empezó a hablar. Recordó su juventud, los días vividos en esa misma aldea donde

fue maestro: dijo que al modo de Saulo tuvo su Camino de Damasco y también vio monstruos engendrados por la barbarie. Recordó su conversión y apostolado, sus días de indigencia y esperanzas y cómo nunca le había abandonado la fe. Y terminó: “Dejad, pues, que vuelva a abrazar los majestuosos Andes, abrumado mas que de años de la gloria de haber merecido bien de tres Repúblicas y de los vecinos de Santa Rosa, mi patria chilena”.

Al atardecer fue al cementerio y ante un sepulcro carcomido por los años depositó una corona de flores en la que se leía esta inscripción: “Andes, abril 8 de 1884. D. F. Sarmiento a la querida memoria de sus amigas Tránsito, Josefa, Carmen, Antonia, Rosario y Jesús del Canto Avendaño. Q.E.P.D.”.

Sarmiento en Mendoza. — Todas las conversaciones giraban en torno al viaje de Sarmiento. Se decían mil cosas: que venía, que no venía, que estaba muy enfermo, que se quedaría a vivir en Mendoza, que no quería ir a San Juan a causa de las recientes chirinadas en las que murió el senador nacional Gómez y expuso su vida el gobernador Gil, que... ¡Pero quién hace caso a las murmuraciones! Lo cierto es que Sarmiento venía ya por plena cordillera y la gente andaba alborozada como en las vísperas patrias. Los tenderos hacían su agosto vendiendo las mejores telas y perifollos porque no había señora ni niña casadera que no se aprestara a lucir en el baile que se ofrecería al gran cuyano.

El 14 de abril de aquel año 1884, don Pascual Suárez recibió un telegrama del propio Sarmiento con el anuncio de su arribo a Uspallata donde descansaría para seguir de madrugada hacia la posta de Villavicencio. La noticia corrió en un santiamén por la ciudad y quizás llegó hasta San Juan porque al día siguiente empezaron a llegar sanjuaninos que venían a esperar al comprovinciano famoso. Los hoteles Europa, Nacional y de don Benito Alvarez quedaron repletos y muchos viajeros buscaron alojamiento en casas de familia. Entre estos, doña Bienvenida, hermana de Sarmiento; Faustina, su hija y esposa del impresor francés Julio Belin, y Eugenia Belin, la nieta, una ñatuza graciosa, vivaz e inteligente, con alma de artista, que había venido para recibir a su abuelo y seguir con él a Buenos Aires donde perfeccionaría sus estudios de pintura. Las tres mujeres se hospedaron en casa de doña Pepa Echenique de Palma.

En la mañana del 16 llegó Sarmiento al departamento Las Heras donde le esperaba la comisión oficial de recepción y mu-

chos amigos personales reunidos en casa de don Saturnino Zapata. El pequeño villorrio rebullía de gente deseosa de saludar o, por lo menos, ver al glorioso viajero. Las señoritas Ibáñez, maestras de la escuela local, habían colocado a la entrada de la población un arco triunfal con un expresivo saludo “al gran educador americano”. A uno y otro lado del camino hacían guardia, por cierto, los niños escolares, insustituible escolta de Sarmiento.

El viajero descendió del carruaje con juvenil soltura y empezó a repartir saludos, abrazos y ocurrencias graciosas. Estaban allí antiguos amigos, como Francisco Civit, Antero Barriga, Justo Godoy, Tiburcio Benegas, y los miembros de la comisión de homenaje, además de admiradores y simples “mosqueteadores”. Don Domingo se sentía contento y expansivo. Hablaba sin cesar extrayendo de su memoria prodigiosa antiguos sucesos que avivaba con la fuerza de su poder narrativo. Durante el almuerzo recordó cuando los mendocinos le recibieron 30 años atrás con bayonetas caladas y le dieron por alojamiento un calabozo. ¡Qué sustos pasaron entonces Benita y su pobre Dominguito! Le acusaban de conspirar contra Urquiza. ¡Qué tontera! El nunca fue conspirador. Vino para discurrir con Benavides sobre política y para sugerir a don Vicente Gil la fundación de una quinta normal. Por lo demás, no tenía condiciones de conspirador porque era incapaz de disimular sus ideas y emociones y solamente atacaba de frente, bien lo sabía Urquiza y muchos otros.

A las 3 de la tarde se inició la marcha hacia la ciudad. Don Domingo y el ministro provincial doctor Manuel Bermejo, iban adelante en el carruaje del gobierno y les seguía la comitiva en 30 coches. La gente apostada en las veredas vivaba al viajero y arrojaba flores y ramos verdes a su paso. Al llegar a la Alameda la banda de música le recibió con dianas mientras los escolares le aclamaban y coreaban su nombre. Al frente de los alumnos de la Escuela Normal estaban *miss* Cook y *miss* Dark, las educadoras norteamericanas, y materialmente todo Mendoza se había volcado en las calles para verle y festejarle. Así llegó hasta la casa de don Francisco Civit donde se le había preparado su alojamiento.²

La visita de Sarmiento despertó al pueblo mendocino de su habitual apatía y encendió la inspiración de los poetas y artistas. Cada cual quería ofrecer los frutos de su ingenio. Leopoldo Díaz le dedicó una bella oda, y homenajes parecidos le

² El edificio es el mismo que ocupa hoy la Junta de Estudios Históricos de Mendoza, calle Montevideo 544.

dedicaron algunos bardos vergonzantes ocultos bajo seudónimos y símbolos masónicos. Preceptores y alumnos destacados ofrecieron su mejor cosecha intelectual. Los periódicos cubrieron sus primeras planas con poesías, ditirambos, crónicas y anécdotas alusivas. Por su parte, la compañía teatral del señor Duclós dedicó la función del día 18 en su honor y eligió la “celebérrima y nunca bien ponderada” comedia de Tamayo y Baus titulada, *Una muchacha del siglo o lo positivo* y como final de fiesta la petitpieza de Pérez Escrich, *El do de pecho o el zapatero tenor*. De este modo, decía el director en sus avisos de propaganda, “la Compañía rinde tributo a uno de los más eminentes hombres que tiene Sud América”. Se realizó la función y asistió Sarmiento. La señora Duclós desempeñó el papel de “muchacha positiva” y quizás lo hizo con espontáneo acierto, pero antes que terminase la representación don Domingo se retiró sin oír los versos dedicados al “primer pedagogo de la América Latina”, de autor anónimo, que leyó el señor Duclós.

Entre las muchas anécdotas que se repetían en aquellos días, una presentaba a Sarmiento corrido por un toro bravo durante su reciente viaje cordillerano. La novedad llegó a oídos del gobernador de Buenos Aires, doctor Dardo Rocha, quien telegrafió de inmediato al protagonista: “Acabo de saber el suceso de que ha sido víctima y lo felicito de que haya salvado de él sin desgracia personal”. Sarmiento contestó de inmediato: “Gracias por su amistoso recuerdo. Los literatos españoles creían llevarme la ventaja de ser toreadores. He probado que no les cedo ni a Montes ni a Cachares en eso de sacarle un lance al toro. Tres le saqué buenos. De salud bien. Estoy en mis tierras de Cuyo”.

A través de los diarios de la época y por referencias de testigos se conoce minuciosamente el programa diario que Sarmiento desarrolló durante su estada en Mendoza. Desde temprano recibía visitas de amigos, políticos y preceptores. Consideró temas de educación, visitó escuelas, se interesó por la biblioteca pública, por los estudios agrícolas, por las nuevas industrias, por el soñado ferrocarril andino que ya entraba en la ciudad y pronto llegaría hasta su San Juan. Por su parte, los sanjuaninos estaban impacientes por saber si les visitaría. Una comisión de comprovincianos integrada por Rosauero y Carlos Doncel, José Pedro Cortinez, Zacarías Yanzi, Moisés Cardozo, Desiderio Bravo, los Albarracín, Ottolenghi, Olmos y Jofré le envió un mensaje encareciéndole “nos avise si resuelve venir a esta Provincia”. A su vez, el gobierno sanjuanino oficializó la invitación y le designó padrino de la nueva casa de

gobierno donde se realizaría una exposición de pintura, en ocasión de su visita, y, además, se inauguraría la pila de la plaza 25 de Mayo.

No faltaron comerciantes avisados que aprovecharon la estada de Sarmiento en Mendoza. La librería de Urbano Barbier publicó ostentosos avisos ofreciendo las *Memorias militares* y los recientes *Discursos populares* del autor del *Facundo*, y el señor Santiago F. Carey, natural de Dublin, aludió en una especie de mensaje cartaginés titulado *Alerta jóvenes* a ciertos despotismos sarmientinos contra España y su idioma para concluir ofreciendo sus servicios de experto profesor de inglés “a precios convencionales y módicos”.

El número principal de los festejos era, sin duda, el concierto donde la flor y la nata de los artistas mendocinos ofrecerían sus habilidades. Desgraciadamente, el agasajado poco entendía de música ni estaba en condiciones físicas de percibirla claramente. De todos modos, a las 8 de la tarde del sábado 19 no quedaba un asiento vacío en el teatro y a las 9 se descorrió el telón y apareció sentado en un antiguo sillón entre los más conspicuos miembros de la comisión de homenajes el ex presidente y general de la Nación don Domingo Faustino Sarmiento, como actor principal, que sin duda lo era, vestido con sus más vistosas galas militares. El público, puesto de pie, rompió en aplausos estruendosos mientras el homenajeado sonreía y con la mano y la cabeza saludaba y agradecía a ese pequeño mundo de gente sencilla y cariñosa, con la naturalidad del que se sabe digno del agasajo y está acostumbrado a recibirlo.

—¡Gracias, gracias! —exclamó varias veces— .¡Muchas gracias!

A cada palabra del viejo luchador redoblaban los aplausos y se iluminaban los rostros por la simpatía y la veneración.

—¡Gracias, muchas gracias!

De pronto, el doctor Antonio Astorga avanzó hacia las candelillas y en nombre del doctor Juan E. Serú —que no había podido asistir a la fiesta— dijo algunas palabras insustanciales, sin relieve ni color, que, felizmente, el agasajado no oyó. La orquesta, dirigida por don Carlos Lagomaggiore, inició el concierto. Tras la obertura, la señorita María García ejecutó en “copofón” algunos motivos del *Trovador* con acompañamiento de piano. En seguida María Luisa Molina tocó *Capricho húngaro* y Elina Zapata, acompañada al piano por Ignacio Alvarez, cantó la cavatina de *Jona*. Su voz dulcísima y melancólica hacía temblar el alma de ternura y amor. Al terminar la primera parte del programa, la sala prorrumpió en sostenidos aplausos y Sarmiento manifestó su satisfacción. Cuando volvió a levan-

tarse el telón, María García tocó en el piano una fantasía de *Aída*, Benigno C. Díaz recitó poesías suyas, María Day y Manuel J. Zapata interpretaron en la cítara la mazurca *Recuerdos de Hamburgo* y Sara Berutti cantó con deliciosa voz la cavatina de *Lucrecia Borgia* acompañada al piano por su hermano Pablo.

La última parte del programa superó a las anteriores. Se inició con la *Gran Sonata* de Beethoven interpretada con gran estilo por Pablo Berutti; siguió el *Gran Valse* cantado por Aurelia Goldsack, que fue ovacionada; luego recitó el poeta Leopoldo Díaz y, finalmente, Carmelita Ponce de Videla y María Day ejecutaron a cuatro manos una fantasía sobre motivos de la ópera *Aída*. Acallados los aplausos, Sarmiento se puso de pie y en medio de un silencio de sepulcro empezó a hablar. Habló de él, de Mendoza, de San Juan, de civilización, de barbarie y de cultura popular. Dijo cosas profundas y superficiales, indiferentes y trascendentales; habló desordenadamente, mezclando sal gruesa con finísimo polvo de oro, pero habló como él solamente sabía hacerlo porque a pesar de todas sus imperfecciones gramaticales, sus trastoques y prosaismos, tenía metido el demonio de la elocuencia.

Los días siguientes volaron entre visitas, audiencias, banquetes y paseos. El viernes 25 pronunció una conferencia sobre educación y bibliotecas populares en el local de la Escuela Sarmiento. Su propia hija Faustina ilustró la exposición leyendo algunos trozos literarios. En aquel acto dejó constituida una comisión para restablecer y proteger a la biblioteca San Martín.

Al día siguiente visitó la Escuela Normal y el curso de aplicación. A las 10 llegó acompañado de su amigo don Antero Barriga, ex cónsul de Chile, y de inmediato recorrió las aulas asistido por las señoritas Dark y Cook, y los profesores Saturnino Salcedo y Abel Biritos y numerosa comitiva. En el primer grado le recibió la maestra señorita Tiffoinet quien le explicó y demostró cómo se aplicaba el "método Sarmiento" en la lectura y escritura. En el segundo y cuarto grados le atendieron los maestros Gaviola y Arrieta, y luego pasó al curso normal, donde los treinta y tantos alumnos estaban ansiosos de ver y oír al Maestro. A indicación del profesor González los muchachos escribieron en sus pizarras pensamientos inspirados en la vida del visitante. Fueron felices los escritos por los jóvenes Salcedo, Emilio Barrera, Pedro Meinda, Darío Burgoa, Pedro P. Dubai, Tiburcio Peña y Lillo, Nicolás S. Quiroga, Salomón Tello, Ernesto Vargas, César Atienza y J. G. García.

En la noche de ese sábado se realizó el gran baile de gala. Pocas veces se había visto concurrencia más lucida en los salo-

nes alumbrados a *giorno* del Club Social. Mejor dicho, no se tenía recuerdo de una fiesta más linda. Las crónicas dicen que estaba lo más granado de la sociedad mendocina no solamente en los salones sino fuera del Club, entre la “mosquetería” que se apretujaba junto a la puerta y ventanas de la calle. Entre las “flores” de aquel pensil, los cronistas destacaron los nombres de Amalia Civit, Javiera Funes, Manuelita Zapata, Hortensia Blanco, Luvina Sicardi, Aurelia Goldsack, Hortensia y Carmen Aguirre, Manuelita de la Torre, Laura Ortiz, Sara y Mercedes Berutti, Sofía Martín, en fin, las más bellas e interesantes mendocinas. Sarmiento, vestido de uniforme de gala, paseaba por el salón acompañado del gobernador Ortega y el ministro Bermejo, repartiendo saludos y agudezas.

Al día siguiente asistió a una triste ceremonia, al entierro de doña Francisca Gutiérrez de Rodríguez, la anciana viuda de Ignacio Fermín Rodríguez, su primer maestro en la Escuela de la Patria. La viejecita había muerto en momentos que cortaba flores para llevarlas personalmente al alumno que 75 años atrás había sido el preferido de su esposo. Sarmiento habló ante la tumba de la venerable mujer y contagió al pequeño cortejo con su emoción.

A fines de abril, Sarmiento fue a San Juan reclamado por el gobierno y sus amigos. Acompañaron al sanjuanino su nieta Eugenia y Herminia Barriga Cortínez del Carril, hija del chileno don Antero Barriga y amiga de Eugenia. El gobernador Gil, aún convaleciente, salió a recibirle al camino y con él miles de sanjuaninos. Desde Media Agua hasta la Capital el carruaje rodó entre doble fila de escolares y comprovincianos que le ofrecían flores y mil pruebas de simpatía. Jamás hombre alguno había recibido en San Juan homenaje semejante. Los veinte días que vivió en su Provincia fueron de gloria y dulces evocaciones. Ya no volvería a ver su tierra natal.

Vuelto a Mendoza, emprendió viaje a Buenos Aires el 21 de mayo de aquel año 1884. Le condujo una locomotora, la primera en llegar a la ciudad andina. Así, al dar el último adiós a sus lares cuyanos, vio cumplido su sueño de civilizador y vencida para siempre la pampa bárbara.

EDMUNDO CORREAS.